

HOMILIA MONS. RAFAEL ZORNOZA, OBISPO DE CÁDIZ.
20230409 DOMINGO RESURRECCION. Catedral de Cádiz.

Queridos hermanos:

¡Cristo ha resucitado, Aleluya! Esta es la Buena Noticia que la Iglesia proclama desde hace más de veinte siglos desde aquel domingo en que Pedro y Juan encontraron vacío el sepulcro de Jesús, desde aquella madrugada en que las mujeres fueron a embalsamar su cadáver y recibieron del ángel este mensaje alentador: *"No está aquí... Id a decir a sus discípulos que ha resucitado"*.

Queridos hermanos sacerdotes, seminaristas y diáconos, queridos cofrades:
¡Feliz Pascua!

El domingo de Resurrección es un día de felicidad y de esperanza, la fiesta más grande. La resurrección de Jesús es el triunfo de la vida, el gran acontecimiento para toda la humanidad. Esta es la magnífica noticia que cambia el curso de la historia, algo que da sentido a nuestras luchas, al dolor, al sufrimiento, a la enfermedad y hasta al enigma misterioso de la muerte, porque la vida ha triunfado sobre la muerte, la justicia sobre la iniquidad, el amor sobre el odio, el bien sobre el mal, la alegría sobre el abatimiento, la felicidad sobre el dolor, y la bienaventuranza sobre la maldición. Todos los hombres, creyentes o no, cristianos y no cristianos, caminamos con la creación entera hacia la vida espléndida de la resurrección.

María Magdalena no podía imaginarse la resurrección de Cristo. Volvió al sepulcro llena de dolor y aturdida aún por los acontecimientos pasados, pero allí pasó de las tinieblas a la luz y de la tristeza al gozo. Vio, creyó y se convirtió en testigo y apóstol para sus hermanos, como sucedió también al discípulo amado y a San Pedro, que, llenos de gozo, pueden reconocerle ahora vivo. Pedro –como todos los apóstoles– hará una y otra vez a judíos y paganos este "primer anuncio" que nos relata el libro de los Hechos de los Apóstoles uniendo a su predicación la experiencia de comprobar que es el Espíritu del Resucitado quien conduce verdaderamente a la comunidad de la Iglesia. Quien acepta al resucitado y recibe el bautismo pasa de la muerte a la vida, se introduce ya en la resurrección, "resucita con Él", y esta vida nueva regalada como don de Dios pone en juego su respuesta libre para amar como Él nos ha enseñado. Por su muerte y resurrección, cuantos creen en Jesús «*reciben, por su nombre, el perdón de los pecados*» (Hch 10,43).

La consecuencia más importante de la resurrección del Señor es que hemos nacido de nuevo por el bautismo y Cristo nos regala ya la vida eterna y la futura resurrección. Somos ciudadanos del cielo, cuyas puertas nos ha abierto el Señor Glorioso. Si Jesús ha resucitado, también nosotros resucitaremos. Después de su

muerte, el Señor bajó al seno de Abraham para liberar a los justos anteriores a Él, aplicarles los frutos de la Pasión y abrirles las puertas del cielo (CIC nº 633-635), que abre también para todos nosotros. Nosotros creemos y anunciamos que esperamos en la vida eterna en la que viviremos dichosos con Cristo y con los santos, en comunión de gozo y de vida con la Santísima Trinidad, porque Cristo ha resucitado, vive glorioso y es fuente de vida eterna.

La perspectiva de la resurrección define e ilumina nuestra vida, la enriquece y la llena de esperanza y alegría. Este horizonte luminoso, que es fruto de la Pascua, debe marcar y configurar nuestro presente, nuestra forma de pensar y nuestro modo de vivir, sabiendo que somos peregrinos, que no tenemos aquí una ciudad estable y permanente, que nuestra verdadera patria es el cielo. “Habéis muerto – hemos escuchado en la segunda lectura— y vuestra vida está con Cristo escondida en Dios” (Col 3,1-4). Dios nos otorga su perdón y su gracia. Que el perdón de los pecados y los dones de lo alto nos ayuden a ser mejores y hacer más humana y digna del hombre la convivencia de todos.

No nos cansemos de anunciar a Jesucristo resucitado, fuente inagotable de alegría y confianza. ¡Somos testigos! Eso somos, testigos del Resucitado. Pero es necesario conocerlo de primera mano, no de oídas; conocerlo y amarlo, ser amigo del Señor, convivir, tener su misma vida, y llegar a ser una sola cosa con Él. Él nos habla en la Palabra, se nos ofrece cada día en los sacramentos, viene a nuestro encuentro en la oración, en los hermanos. Entremos en estrecha relación personal hasta identificarnos con Él. ¿Cómo podríamos conocerlo de otra manera?

Hermanos: celebrar la Pascua de Resurrección es confesar nuestra fe en Cristo resucitado, lo que renueva y fortalece nuestra vida cristiana y da un nuevo impulso a la misión de la Iglesia en el mundo, que es tarea de todos los bautizados. Nuestra sociedad necesita el testimonio de los cristianos para que la palabra de Pedro y de los Apóstoles siga resonando en el mundo. Queridos fieles, amigos cofrades, si la Semana Santa que hoy culmina con la Pascua dejara en nosotros el compromiso de una vida cristiana renovada, ¡cuántas cosas podríamos cambiar en esta sociedad! A pesar de la brillantez de nuestras procesiones, mañana volveremos a la vida de cada día en una sociedad en la que, sin imágenes en la calle y bajo la presión de una cultura laicista, Dios es puesto entre paréntesis por miles y miles de ciudadanos. ¿Se notará que Cristo ha resucitado? ¿Cómo comunicaremos a todos que el sepulcro de Jesús está vacío y que Cristo ha sido levantado de la muerte para que nosotros tengamos vida? ¿Cómo ha de ser nuestro testimonio y nuestra palabra en una cultura cerrada a la llamada a la conversión y al cambio de vida según el evangelio? Sin vuestros titulares procesionando por las calles ¿seremos nosotros imágenes vivas de Cristo en la calle que le hagan presente en la familia, en la oficina o el taller, en el descanso y la diversión? ¿Será cada casa de hermandad un cenáculo donde, con María, estemos abiertos a la gracia del Espíritu Santo? ¿Celebraremos de verdad la

Pascua siendo testigos de la Resurrección del Señor? El Apóstol Pablo da la respuesta oportuna: "Celebremos la Pascua no con levadura vieja (levadura de corrupción y de maldad), sino con los panes ácidos de la sinceridad y de la verdad" (1Co 5, 8). Debemos ser en la sociedad "como el alma para el cuerpo" (cf. *Carta a Diogneto*), anunciando con la vida y la palabra que el amor de Dios en Cristo ha vencido por encima de la mentira, del pecado, de la calumnia y, sobre todo, de la muerte. El mejor modo de celebrar la Pascua de Jesús, su triunfo sobre la muerte, es viviendo una vida sincera y auténticamente cristiana, creciendo en caridad, con conciencia de Iglesia, fomentando la paz y la comunión, abrazando las llagas de Jesús en la pasión contemporánea de los heridos de la vida y necesitados. Entremos, hermanos, en este nuevo día, pues "este es el día en que actuó el Señor", y que Él sea "nuestra alegría y nuestro gozo" (Sal 117) porque ha venido para revestirnos de Cristo y a hacer nuevas todas las cosas.

Digamos a nuestro querido Señor Jesús que nos ha mostrado su amor padeciendo la pasión y muriendo por nosotros: ¡Gracias por tu amor y entrega por la que nos perdonas los pecados y has dado vida nueva! ¡Te queremos, y queremos quererte más y más! ¡Cristo, rey vencedor de la muerte, te adoramos y te bendecimos!

En esta mañana de Pascua nos falta aún felicitar a María, la Madre del Resucitado. Ella, asunta y gloriosa, la Reina del Cielo, se alegra y nos mira con ternura maternal. Pidámosle que nos ayude y aliente a vivir con gozo nuestra vocación cristiana, a vivir como resucitados, y a ser testigos de Jesucristo vivo, camino, verdad y vida de los hombres. AMEN.